

LIBRO CUARTO

Entre muñecos

El rey de los muñecos

Así lo llaman muchos de sus pequeños clientes, y es Francisco Bonini, inventor, fabricante y comerciante de niños inanimados, que tiene su establecimiento en la vía de Roma. No es difícil encontrarle, porque frente à él se ve siempre à todas las horas del día una tropa de muchachitos del pueblo que, contemplando el escaparate, se olvidan del paquete, de la col ó del pañuelo que han de llevar à su casa, para abandonarse à una orgia de deseos. Y todas las señoritas que pasan por allí, conducidas por la mano de las mamás ó de las amas, desde veinte pasos antes de llegar al bazar, tiran de su acompañante, echando la cabeza hacia delante, y durante otra veintena de pasos se hacen tirar, volviendo el rostro hacia atrás.

Pasando por allí una mañana, me acordé de un día en que habiendo dicho en mi casa, á presencia de una hija de una vecina:—al momento vendrá Bonini (un amigo mio oficial)—aquella, ilusionada por el homónimo, dió un salto en la sillita, como si hubiese dicho:—al momento vendrá el emperador de todas las Rusias;—y aquel recuerdo despertó en mí la curiosidad de conocer al hombre y su obra.

Pensé presentarme sin más ni más:—Yo también he trabajado para los niños:—dije entre mí;—no desdeñará recibirme como un colega—y entré en aquella tienda estrecha, larguísima, obscura; pero que à la fantasía de todos los niños aparece más vasta y más fulgurante que el pala-

cio imperial de los Incas.

Bonini estaba en lo más hondo de su casa real, llena de tesoros visibles é invisibles, leyendo la Gaceta del Pueblo, como un obscuro ciudadano cualquiera. Es un hombrecillo de unos cincuenta años, de rostro inteligente y benevolo, dotado de aquella dulzura particular de modales propia de todes los que tienen una clientela infantil perteneciente à la clase más elevada de la sociedad, sean ellos tenderos, sastres, médicos... Temi, por un momento, que su aspecto me hubiese engañado, porque apenas oyó el anuncio de mi visita, cogió por los pies una de sus muñecas, y á modo del Eviradnus de Victor Hugo con el cadáver del pequeño Ladislao, se puso à dar golpes de ciego sobre el banco, como si estuviese irritado por mi presencia. Reconoci, empero, mi error enseguida. Era aquella una de sus muñecas infrangibles, bendecidas por los padres de familia, y él hacia aquello para probarme la invulnerabilidad de sus criaturas.

Después, levantando el vestidito à la muñeca, me hizo observar las buenas formas de sus piernas;... Eran, en efecto, dos hermosas piernas, pero no de niña, sino de mujer, y tan bien imitadas, que el acto de Bonini hubiera podido parecer deshonesto.

Nos pusimos à conversar familiarmente. Reconocí enseguida al artista en el modo con que contó, coloreándosele el rostro, cómo él y su mujer habían hecho un viaje à París para visitar los grandes almacenes de muñecos, y robar—es su expresión—con los ojos. Descubrí, después, bajo el artista al filósofo cuando, diciéndome que las mamás prefieren las muñecas «vestidas de niña» à las «vestidas de señora», porque éstas «despiertan en las muchachas ideas ambiciosas», dibujó una fina sonrisa, que quería decir evidentemente:—¿Ha comprendido? Creía usted, tal vez, que fuese el lujo de las mamás lo que significaba la ambición en las niñas... Desengáñese; es el lujo de las muñecas...

Conceido el hombre, decidi hacerle un interrogatorio detenido y minucioso, tanto más, que lloviendo, no sería interrumpido por los compradores. La grande afluencia, además, es después del mediodía y, sobre todo, en Diciembre, hacia Navidad. Entonces la tienda està llena desde la mañana á la noche, el personal aumentado basta apenas para el servicio, y algunos días se quedan sin poder cenar. pues una vez cerrada la tienda, el trabajo dura todavia en el laboratorio, donde muchas muchachas se pasan la noche en alistar género extraordinario; y así se suceden los días entre una tal turbación y una tal confusión de muñecos y de niños, de vocecitas naturales y de vocecitas mecánicas, de brazos de carne y de brazos de madera moviéndose à un mismo tiempo, y de ojos vivientes y ojos de vidrio que lucen por todas partes, que en cualquier momento, dice Bonini, cansado de cuerpo y de mente y como presa de una alucinación, está á punto de confundir la mercancía con la clientela, de dirigir la palabra à una muñeca ó dar cuerda à una señorita.

**

En tantos años—le dije—habrá usted podido hacer sobre su clientela muchas observaciones preciosas.

-Si, he hecho muchas y curiosas. La primera es que,

respecto à los muñecos, los clientes se pueden dividir en tres familias; los que los desean y los aman moderadamente, los apasionados ardientes y los indiferentes ó casi indiferentes, bien por precocidad de otros gustos ó por apatía de naturaleza. Estos últimos, empero, son bastante raros.

Y frunciendo las cejas, tras un breve silencio, como para interponer un lapso que impidiese la sospecha de un acuerdo interesado entre el fabricante y el filósofo, añadió:—Dificilmente esas salen buenas madres.

—También lo creo así—repuse, y estuve por citar inconsideramente el proverbio «quien no ama las bestias no ama á los niños;» pero me callé porque parecióme una ofensa al arte.

-Debiera V. verlo-agregó Bonini-pues es una diversión.-Y habló de les «apasionados,» es decir, de aquellos que entran en la tienda con la fiebre del deseo, que prorrumpen en gritos de admiración, en exclamaciones de alegría, en risas, en trinos de placer, que parece que enloquezcan. Algunos al menos, se muestran después razonables, se contentan, ó mejor, se resignan con aquella que conviene à la bolsa del padre ó de la madre. Pero otros no, y representan escenas de tragedia, sollozando y pateando á la vez, hasta echarse sobre el pavimento y revolcarse, agitando en el aire los pies, como frenéticos.-Y aun aquellos que se resignan se ve que lanzan miradas à las muñecas à que deben renunciar; miradas de amor, suspiros, adioses, con la cabeza vuelta hacia atrás, con cierta expresión de ternura y de deseo grande, que ninguna actriz dramática fuera capaz de imitar. Alguna vez, me dá pena verles, se lo aseguro.

Entre los «apasionados» hay, además, una categoría particular, interesantísima. Son éstos los condescendientes, que entran con el propósito manifiesto de disimular su propia pasión y con la palabra se muestran tranquilos, no articulando más que monosílabos, no expresando con la voz ni curiosidad ni maravilla: à quien no los observe bien pueden parecer casi indiferentes. Pero tiemblan y se extremecen, se ponen pàlidos y colorados, resaltan chispas en sus ojos, y en el momento de poner la mano sobre la muñeca deseada y obtenida, pero no esperada, casi todos se hacen traición. Precisa ver los movimientos, el apresuramiento con que algunos se posesionan de ellas y las estrechan contra su pecho, cual tigres hambrientos que abrazan la presa, y no consienten en manera alguna que se les mande su muñeca á su casa: se la quieren llevar consigo, aunque sea pesada, à brazos cruzados, rostro contra rostro, girando los ojos desconfiados, apartando à todas las niñas que encuentran en la escalera, por miedo à un «golpe de mano.»

¿Y las astutas? También éstas representan escenas irreproducibles. Las hay entre ellas pequeñísimas que tienen ya la finura de fingir, que no comprenden el que una muñeca sea más cara que la ot a, y buscan dar a su fingimiento una razón distinta à la verdadera que parezca también una prueba de su inocencia de corazón: no quieren aquella tal, porque sea más grande y mejor vestida sino porque tiene el aire más bueno. Otras creen coger al amo ó à sus parientes con ciertos subterfugios de una evidencia sumamente cómica: quieren una muñeca de treinta liras, por ejemplo, en vez de una de cinco; pero aquellas se contentan con tomarla en camisa, mientras ésta está vestida; porque hay compensación, según ellas. Y es menester oir à alguna otra, cuando la mamá, mientras ajusta una muñeca ya casi aceptada, busca, moviéndose, no dejarle ver otra más cara que podría hacer rechazar la primera, y precisa oir con qué tono le dicen:- Eh, mamá, no sirve que te pongas en medio; ya la he visto. Tu buscas ocultarla porque cuesta mas. ¡Ahl mira que colorada te pones. Pues bien, es aquella de allí, precisamente, la que yo quiero.

Entre las astutas las hay de una obstinación impasible, que son un «género» tremendo, y tienen todas un procedimiento igual, como si se lo hubieran aprendido todas de una sola. Se ve à veces una familia entera colocada en círculo alrededor de una niña que no levanta un palmo del suelo, fatigarse una hora inútilmente, por la buena ó por las malas, para inducirla à ceder, mientras aquella permanece allí en medio inmóvil, obstinada en querer la muñeca referida, dura y muda como un guarda cantón. Conoce á su gente y ha hecho dos cuentas: sabe por experiencia que, á mantenerse dura y firme, la conseguirá, sin tomarse la incomodidad de llorar ni alborotar; le basta callar y no moverse, rechazando á golpes de codo, bien asestados, las manos acariciadoras que intentan posarse sobre su espalda para reconciliarla. No hay otro remedio que cogerla en brazos y llevarla à la calle como un paquete. Pero las ninas que hacen esto tienen parientes incapaces de aquel acto heróico. Fallidos los tratos y abortadas las amenazas, el padre ó la madre acaban por resignarse y exprimir la bolsa, con el flaco consuelo-alguna vez expresado en voz alta -de pensar que su hija es un carácter.

Pregunté à Bonini acerca del papel que representaba en esos pequeños dramas.

—Una parte odiosa—contestóme sonriendo—casi siempre. Y me refirió un hecho divertido. Años há, vino al establecimiento con su mamá y con una tía, una hermosa niña, una aterciopelada morena, de aquellas «trágicas», la cual hizo tales furias porque no le querían comprar una muñeca de las más caras, se puso á chillar y á agitarse con tal frenesí, que la madre, asustada, temerosa de que le diera una convulsión, se puso á gritar casi llorando:—¡Dios mío! ¿qué hacer? ¡Ayúdeme V!—Busqué algún modo!—Y Bonini lo encontró: cogió la muñeca deseada, corrió al fondo de la tienda, hizo ademán de envolverla en un paño, donde puso la escogida por la señora, engordando el envoltorio con una docena de periódicos, ató el pa-

quete traidor con presteza y con furia, y llevólo á la niña, diciéndola:—Toma, llevátela á casa; ajustaremos las cuentas otra vez.—¡Ah, buen Dios!—exclamó;—supe después lo que ocurrió en casa al abrir el paquete; una tempestad, un infierno tal, querido señor, que tuve remordimiento de mi obra.

-¿Y pues?-pregunté.

—¿Por qué?...—repuso.—La niña volvió aqui otras veces... Hace años que no viene ya; es una señora casada; la veo alguna vez pasar por la via Roma. Pues bien; ¿lo quiere usted creer? Lo comprendo en las miradas que me echa...

No me ha perdonado todavial

Le pregunté hasta que edad suelen ir las muchachas à comprar muñecas. Senrió y respondió en voz baja:-Algunas vienen hasta una edad... increible.- Y se mostró observador fino y artista hablando de cómo ciertas muchachachas mayores se presentan, en las horas en que no hay nadie en la tienda, un poco ruborosas, con dos rosas en las mejillas, sonriendo y avergonzándose al mismo tiempo: graciosisimas, verdaderamente. Y alguna vez se percato bien de la comedia concertada que recitan juntas, para salvar la dignidad, la hija y la mamá; las cuales examinan la mercancia discurriendo entre ellas como si la compra fuese destinada à una hermana más pequeña, de la que no existe la efigie. Cuántas he visto pasar en veintidos años Cuántas conozco todavía que han tomado marido y son madres! Para algunas, entre la última muñeca que compraron para sí y la primera que vienen á comprar para su niña, no pasan más que cinco ó seis años. Al verlas comparecer, después de algún tiempo, con un envoltorio en brazos del ama, parece que vengan à restituir el último adquirido en la tienda. Alguna dice chanceándose:-Cuando la compraba para mi no miraba el precio de este modo.—Y à menudo él ve hacer à la niña las mismas escenas que hizo la madre, y cuando le dicen:--pero que modales son estos, ano te da vergüenza de hacerte oir?



Bonini me enseñó las muñecas más hermosas

¿Pero no ves que todos te miran? etc.,—recuerda que eran propiamente las mismas palabras que la abuela decía á ella, pocos años antes, sobre las mismas losas del pavimento y con el mismísimo resultado: y tiene grandes esperanzas de ver todavía repetir la escena por la niña presente con la niña futura.



De un gran número de sus clientes conserva los nombres en un registro «en hoja y matriz» donde están consignadas las reparaciones que hay que hacer á las muñecas: porque él no es menos renombrado recompositor que fabricante, y hace el balance del pago acumulado á fin de año, como los médicos. Diuna ojeada al último libro: en poco más de un año, casi cuatro mil reparaciones: es un hermosoromper. Se encuentran en aquellos folios los nombres de un gran número de familias notables de la aristocracia, de la alta industria, de la alta hacienda y de la política, y los registros están hechos de modo que, al leer el libro otro que no sea él, sin saber à quien pertenece, se extremecería de horror y de piedad, y se reiría también cordialmente. ¡Figuráosl-Señorita A. B. las piernas rotas.-Condesa S. D. R. perdidos los ojos.-Marquesa D. O. T.-una peluca-Señora E. Z.—cambiarle las medias. Y así consecutiva-

A una baronesa habíale renovado el mecanismo; otra señora había perdido la voz; otra había perdido la cabeza. Pero, en realidad, no hay que reirse por que muchas de las clientes vayan á llevar las muñecas con los ojos todavía húmedos de las lágrimas, desconsoladoras como de una desgracia verdadera y, que al dejarla, hagan recomendaciones sobre recomendaciones con voz conmovida, como la madre al cirujano que ha de operar al hijo. Y la sala de las operaciones está allí cerca, toda embarazada de hierros, de pinzas,

de hilos, de pequeños aparatos para tener unidos los miembros sueltos, de tacitas de colores para repintar los rostros descoloridos, de vasitos con pasta para curar las escoriaciones y desconchaduras, las heridas y las llagas; y se las ven sobre las mesas, sobre las sillas, sobre las repisas de las ventanas, arrojadas en todos los rincones; grandes munecas desnudas, con las cabelleras trágicamente desgreñadas ó en completa ruina, con los ojos móviles «extraviados, con las bocas parlantes» desmesuradamente abiertas, la una ciega, la otra coja, la otra mutilada, cabezas separadas del tronco, troncos con los brazos tiesos, brazos y piernas dispersos; un espectáculo horrendo, que me recordó cierto antro fantástico de Jackel destripador, visto en un barracón de la plaza de Victor Manuel, en el Carnaval pasado. Mas hay en un ángulo un gran cajón que da aún mejor la idea de todos los estragos que pueden resultar de un simulacro del frágil cuerpo humano hecho por aquellos artilleros tan industriosos y pacientes en el trabajo de destrucción y que tienen las manos infantiles excitadas por la curiosidad instintiva de la anatomía del juguete; un montón informe que os traía á la mente el osario de la casa de Sedán, descrito por Zola, donde era arrojado todo lo que caía de la mesa de operaciones del doctor Bouroche. Es una mezcla mísera de pedazos de cráneo, de medias caras, de ojos arrancados, de fragmentos de artes superiores é inferiores, de manitas y de piecitos cortados, y de narices separadas y de cabelleras quemadas, que hacen pensar en mil accidentes domésticos y en llantos y dolores y en escenas y contiendas conyugales consiguientes...—Eres tú quien la has avezado mal.—Pero si tiene tu caracter, precisamenta.—No es mi carácter, es tu educación.—Pero cómo?...—Pues cierto. .- Ah qué existencia, Dios míol

Mercancia hay alli para contentar al bello sexo de todas las escuelas elementales de la península; cajitas debajo de cajitas, cajas detrás de cajas, cajones sobre cajones, colegios, multitudes de generaciones de muñecas; y cuando el extranjero, por disminuir los costes de la aduana, que cobrados liras por kilógramo de muñecos enteros, se los hace enviar divididos en dos, como así bién elindígena, para ocupar menor espacio, ocurre que se mandan cajas llenas de cuerpos sin cabeza, y cajas llenas de cabezas separadas, de modo que los clientes pueden poner la cabeza que quieran sobre el cuerpo que les place: operación que conjuraria muchas desdichas si se pudiese hacer en los matrimonios; y como quiera que también pagan menos las cabezas sin ojos, se ven cajas llenas de cabezas con las cavidades de los ojos vacías y cajas llenas de ojos de todos colores, que al levantar las tapas, os dirigen cien miradas interrogadoras, como admirados de la luz improvisa. Y todavia hay cajas sobre cajas llenas de pequeñas cabelleras rubias, negras, castañas, rizadas, crespadas, onduladas, polvoreadas. que dan la imágen de otros tantos cofrecillos de Don Juan conteniendo las guedejas de sus cien bellas seducidas. Pero aquellas cajitas de cabezas, con aquellos cartelitos escritos con gruesos caracteres, jcuánto hacen pensar ade más! Hay allí tanta variedad cuanta puede ofrecer una Cámara de diputados: Cabezas de madera. — Cabezas de hierro. -Cabezas de cera. - Cabezas infrangibles. - Cabezas pequeñas. -Cabezas grandes.-Cabezas finas...-Y vése junto à este. otro grande compartimiento, el de las marionetas, que son también una «especialidad» de Bonini, otros cajones innumerables, con cierto extraño conjunto de nombres sobre etiquetas, como viejas y brujas-monjas y diablos,-fantasmas y garibaldinos -y entre las más visibles y aparentes, tres cajas que se tocan, sobre las que hay escrito: -doctores -asesinos-jueces. - Y después de las muñecas con cabeza, visité el almacén, donde hay una verdadera maravilla de pequeñisimas medias de todas tintas, con ligas que parecen

anillos para el dedo, de camisitas con franjas, de sombrillas, de manguitos en los que no entra el dedo meñique, de pequeños vestidos acabados y perfectos, que cuestan el estipendio de un año de muchos maestros elementales del reino de Italia; y después el almacén de los trastos de cocina, de mesas y de lavamanos, que en otro tiempo venían de fuera y ahora se fabrican con gran gusto y á mitad de precio en Levano; y, en fin, la sección de muebles, donde á los productos de fábrica están mezclados mesas y sillas minúsculas, hechas pacientemente á mano por obreros solitarios, por jóvenes artistas sin empleo, y también por viejos servidores del Estado, pensionados y caballeros, que, guardando el incógnito, se ganan con aquellos juguetes el tabaco para la nariz.

Bonini me enseñó las muñecas más hermosas, vestidas y con cabellera, cerradas en una caja, y las descubrió como hace con sus pequeños clientes, levantando la cubierta con un gesto rápido y presentando la caja derecha, de modo que la muñeca aparezca toda de una vez, como sobre una puerta enteramente abierta, en toda su seducción. Y se comprende cómo, así presentada, hagan efecto. Algunas aparecen con un brazo tieso, como para presentar la mano à la compradora; otras con un pie en alto, como para lanzarse hacia ella; ésta con la cabecita inclinada hacia un lado, como por costumbre ó coquetería; aquélla con los «ojos movibles» entornados, como si dijese:—¡Alabado sea el cielo!-|Soy libre!-Y otras, todavía en otras actitudes dramaticas, todas con aquel rostrillo pintado con cardenal, con aquella boca de botón de rosa, con aquellos ojos grandes y frios, de damitas sin corazón y de cocottes sin pensamiento. Y viéndolas así pasar, pensaba en su diverso destino, en los mil fines distintos con que habrian de ser compradas.

Para ésta, tal vez, la compradora está ya en la calle, an-

helante y sobresaltada de gozo, y se hallará aqui dentro de pocos minutos; para aquélla está por nacer ó no concebida aún; estotra pertenecerá à una niña que, por obtenerla està destilándose el cerebro sobre la aritmética y sobre la geografía. Y cuantas serviran para arrancar el consentimiento en la extracción de un diente ó para el horadamiento de las orejas por pequeños agujeros. La una dormirá la noche de Navidad sobre una almohada de la cama, la otra pasará su primera noche libre sobre el camino de hierro. y muchas serán regaladas á la niña para pagar un favor al padre, o servirán para distraer á la niña mientras el donador hablará al oído à la madre. Otras están destinadas à alegrar la convalecencia de pequeños enfermos v tal vez más de una á servir, sofocando los sollozos de una madre desolada, de último consuelo en una enfermedad sin esperanza, y a caer un día de la pequeña mano descarnada y quebrarse sobre el pavimento en el momento que su mamita adoptiva cerrará los ojos para siempre. Y cuántas caricias amorosas, cuántas palabras dulces y afectuosas, cuántos tiernos besos recibirán estos cuerpos insensibles, cuántos pequeños corazones palpitarán contra estos pequeños pechos llenos de salvado ó de harina de alcornoque, sobre cuántas inocentes y suaves desnudeces oprimirán estos muñecos sus labios fríos de porcelana, estrechados entre dos bracitos cándidos é inflamados por un hálito odoreso, dentro de un lecho visitado por sueños de color de rosa.-Pero muchas se ganarán también algún cachete ya que está siempre en vigor,-así me lo imagino,-aquel buen uso maternal, tan sabiamente educativo, de consolar á la niña que cae, golpeando á la muñeca que la ha hecho caer, y además porque... donde hay mujeres hay palmadas,-como dice el proverbio de nuestros amigos y vecinos.

* *

Vi, en fin, las rarezas: la primera entre éstas fué una

pequeña montañesa de Varallo donde nació el crey de los muñecos», vestida por completo como sus paisanas vivas, con aquellos bordados de variados colores, que parecen macetas de flores, con aquellas sayas de paño negro, con aquellas trenzas sólidas, con aquellos oros viejos; una hermosa máscara rubia, que costó á Bonini y á su mujer meses de trabajo, y hizo furor en la exposición de Palermo; por lo que está conservada en la tienda como una gloria de familia.—Esta no se vende,—me dijo el autor de sus días. En efecto, tenia un aire honesto. Pero las otras rarezas que representaban campesinas sardas, romanas y napolitanas se vendían; y lo curioso es que son casi todos viajeros extranjeros los que las compran, no como juguetes, sino como ejemplares de costumbres italianas, por no comprar un cuadro de Michetti, de Quadrone ó de Corelli; con lo cual ciertamente hacen una economía no despreciable.

Pregunté à Bonini si tenía muñecas con fonógrafo dentro. Me contestó que había tenido; pero que ya no tendría más. El modelo que hice venir,—añadió,—cantaba una estrofa francesa y después reía... pero con una risa desagradable, necia, de cantante parisiense, que en una familia honesta hace un vergonzoso oir... Muñecas corrompidas,—observé,—que ha hecho usted bien en echarlas fuera, porque basta à veces una sola en un grande almacén...—Y estuve à punto de añadir:—...para echar à perder todas las demás, pero volví à tiempo de mi distracción y detuve al vuelo mi despropósito.

**

Mas ahora viene lo mejor, un verdadero final de teatro. Estaba todavía galanteando con la hermosa varal·lesa, cuando ví arrojar sobre un banco una gran muñeca que agitaba los brazos y las piernas, maullando, como un niño en la cuna, con tal apariencia de vida, que despertó en mí un sentimiento casi de repugnancia. Mientras estoy admirando aquel engaño, sintiéndome tocar una pantorrilla,

miro abajo, y veo otra muñeca con los vestidos largos, que da en torno de mí una vuelta de vals. No he tenido aún tiempo de apartarme, cuando hé aquí otra muñeca enorme, que camina à pasos lentos sobre el pavimento, llevada de la mano por un ayudante, al igual que un niño cuando empieza à andar. Otra muñeca de la misma especie, al mismo tiempo, viene à mi encuentro sobre el banco à pasos resueltos, derecha, lanzando gritos de gallo, como para preguntarme algo, y, volviéndome à un ligero rumor, veo por otra parte otra muñeca gordeta, en camisa, que chupa un biberón con toda fuerza, como devorada por el hambre.

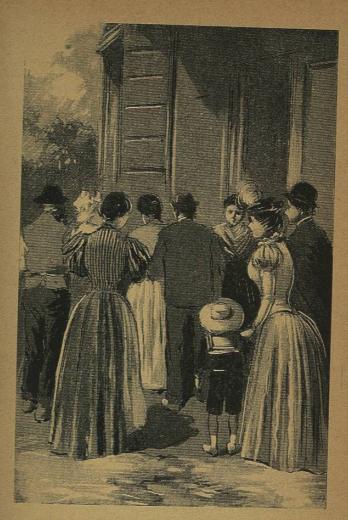
No sé decir el extraño sentimiento de estupor y casi de inquietud que experimenté en medio de aquella extraña erupción de vida artificial, acompañada de un mallido sordo de gatos escondidos semejante al lloriqueo de un grupo de niños enfermos; por lo que parecióme encontrarme al mismo tiempo en el teatro Real, ante una escena del baile Puppenfee y en una sala de la Maternidad en un momento de desorden.

Y aunque no pretendí rogar á Bonini que diese más cuerda á otro autómata, dejé que diesen una segunda vuelta los primeros, hasta que concluí por encontrarme en medio de un torbellino y de un movimiento de brazos y de cuerpecitos y en un concierto de maullidos, de gemidos y de gritos, que me hacían dar vueltas con presteza hacia aquí y hacia allà, casi inconscientemente, como si me hubiesen llamado por mi nombre desde cien partes distintas.

De improviso me asaltó una idea que me hizo escrutar subitamente mis sentimientos é interregar mi conciencia, casi desconfiando, con curiosidad viva y atenta... Y dije entre mí:—¿Cómo?... ¿sería verdad?... ¿después de casi medio siglo?...—Y era verdad, sí.—¡Oh, rubor!—como dice Alfieri.—¡Oh, viejo chocho!... En resúmen... me divertí.

Y escapé afuera, para no ceder à la tentación de comprar. Pero durante algún tiempo, por el camino, no pude apartar el pensamiento de cuanto había visto, porque la vista de los transeuntes, en vez de distraerme, reconducia mi mente à aquel espectáculo. Y era muy natural: tantas son las semejanzas que existen entre este mundo y la tienda del señor Boninil Personas sin cabeza sobre les hombros, ojos fijos que no ven, bocas abiertas que no comen y cráneos hueros y caras pintadas y pelucas, se tropiezan á cada paso. Y los bellos rostros á precio fijo, y los personajes de goma elástica y los hombres que llevan en el vientre el principio motor de todos sus pasos y de todos sus movimientos, y las mujeres elegantes que no tienen en su cuerpo más que aserrin de alcornoque, son incontables. Y si son raras las criaturas femeninas infrangibles, jeuántos no son los hombres públicos que se agitan y gritan por una idea, solamente hasta que dura la cuerda que le ha dado su amo, y cuántos los pobres desgraciados que unas manitas de niña acarician ó destrozan por capricho, y cuántas las hermosas damas que bailan alegremente un vals, mientras el niño abandonado chupa la leche fria de vaca de una teta de vidriol

Y aún hay otra semejanza: la de que así como de la recomposición de las muñecas maltratadas por los niños no son éstos los que pagan el coste; así sucede cuasi siempre en el mundo de los hombres, que rompen los unos y pagan los otros.



La calle estaba, en un buen trecho, llena de una multitud diferente de la acostumbrada,